

Presentación



Este Manifiesto es fruto de la reflexión compartida por catequetas de diversos países de América Latina con catequistas y responsables de la catequesis en Paraguay, reunidos en Asunción, Paraguay, del 8 al 10 de julio del año 2025, en el marco de la X Jornada de estudio de la Sociedad de Catequetas Latinoamericanas (SCALA) y el 30 aniversario de su fundación.

En un clima de oración, discernimiento y fraternidad, se profundizó en la centralidad de la iniciación cristiana como proceso clave para una reforma eclesial verdaderamente sinodal, a fin de formar discípulos misioneros capaces de vivir, celebrar y testimoniar la fe en el contexto latinoamericano -diverso, complejo y digital- marcado por amplias realidades de marginación y de pobreza. En un mundo definido por la fragmentación cultural, la secularización, la indiferencia religiosa y los desafíos de la cultura digital, urge redescubrir y renovar este proceso para que sea, en todas las comunidades, una experiencia viva de conversión, comunión y misión.

Recoge convicciones, denuncias y propuestas que buscan orientar la praxis pastoral de la iniciación cristiana, para que cada comunidad cristiana asuma con decisión la tarea de iniciar, acompañar y formar creyentes capaces de caminar juntos, discernir juntos, anunciar juntos y comprometernos en la inclusión social de los pobres (cf. EG 186).

Varias cuestiones fueron objeto de nuestro discernimiento. Las agrupamos de un modo sintético bajo tres elementos, conforme al Documento final del Sínodo Hacia una Iglesia sinodal en misión. El primero y fundamental, sobre las raíces trinitarias de la sinodalidad y de la iniciación a la vida cristiana. El segundo, la conversión de las relaciones y de los vínculos. Y el tercero, la conversión de los procesos, en el que se da realce a las prácticas de iniciación y a la formación sinodal, que pide el reconocer que la iniciación cristiana es el corazón de una Iglesia constitutivamente sinodal.





Este Manifiesto está dirigido, ante todo, a quienes comparten la responsabilidad de la iniciación cristiana en la Iglesia: obispos, presbíteros y diáconos; equipos diocesanos y parroquiales de catequesis, liturgia, misión y pastoral juvenil-familiar; personas consagradas, catequistas y laicos animadores de comunidades. Quiere servir también a centros de formación (seminarios, universidades e institutos pastorales), movimientos eclesiales, escuelas y obras educativas, y a toda persona que, en América Latina y más allá, busca renovar la iniciación cristiana en clave sinodal, inculturada y misionera.

Como constatamos en la reflexión realizada en Paraguay, la lectura orante de la Palabra es la luz persistente del discernir, conversar, preguntar y manifestar nuestras convicciones y los llamados a la conversión sinodal de nuestras comprensiones y prácticas iniciáticas. Así, fueron muchos los textos del Evangelio compañeros de camino en estos días. Pero, ya más consolidado el manifiesto, resuena en nosotros uno en particular, tomado del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 2, 41-47): este narra lo acontecido luego que Pedro, el día de Pentecostés, anuncia la resurrección de Cristo a una gran multitud de personas reunidas en Jerusalén para las fiestas. Muchos de ellos acogieron la palabra de Dios y fueron bautizados. En seguida nos muestra cómo estos nuevos bautizados se unen a otros bautizados y se vinculan a la comunidad, en la que todos son sujetos y protagonistas. Su testimonio irradia y deja tocados e interesados a otros. Pero fue el Señor quien agregaba al grupo de los creyentes a aquellos que aceptaban la salvación.

Este modo de narrar permite ver ante todo que el principal actor de la evangelización y de la iniciación cristiana es Dios, el Dios trino. Dios que dona su espíritu a Pedro y a los demás apóstoles y discípulos. Dios que da su Espíritu para que el testimonio y el anuncio sean acogidos. Dios que acompaña y crea la comunidad de discípulos y crea en ellos nuevas relaciones y vínculos, pues los creyentes, en palabras del Libro de los Hechos de los Apóstoles, “vivían unidos y lo tenían todo en común. Con perseverancia acudían al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón, alababan a Dios y se ganaban el aprecio de todos” (Hch 2, 44-47).



Este texto, aunque no habla de iniciación, muestra en acción su práctica, y así hace patente que la iniciación cristiana es un aspecto fundamental y decisivo de la Iglesia sinodal. Sin ella, aquellos que habían acogido la palabra de Pedro no habrían gozado de la riqueza y variedad de vida de la comunidad. Sin ella, su vida y su testimonio no hubiera irradiado en su entorno. Sin ella no se hubieran unido a la comunidad otros nuevos miembros que acogen con alegría el don de la salvación. De modo especial, resalta el hecho comunitario de la fe y de la iniciación cristiana, y hace ver a esta última, como el corazón de la comunidad cristiana.





El misterio sinodal del Dios Trinitario

¿Por qué una iniciación cristiana sinodal se inspira en un Dios que es comunidad?

1. La sinodalidad brota del corazón mismo de Dios, que es comunión trinitaria. Así, la sinodalidad no es una opción pastoral, sino una expresión del ser mismo de la Iglesia. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo nos revelan que la vida cristiana es esencialmente relacional, abierta y dinámica. Toda acción eclesial, incluida la iniciación cristiana, es un servicio a la obra del Espíritu, quien es el verdadero protagonista de la evangelización. La sinodalidad, como estilo eclesial, exige una conversión interior, espiritual y pastoral que atraviese toda la acción iniciática, formando corazones capaces de amar como Cristo, pensar con los pensamientos de Dios (cf. Mt 16, 13-23) y actuar con el impulso del Espíritu.
2. El camino sinodal no es únicamente una reforma estructural o una metodología pastoral. Es, ante todo, una transformación espiritual que interpela nuestros afectos, nuestros modos de mirar al otro y de comprender la misión. El estilo sinodal de la iniciación cristiana llama a dejar atrás prácticas autorreferenciales, clericales o ritualistas, para abrazar, como lo recuerda el Documento final del Sínodo (cf. n. 14), una conversión más honda, que implica renovar nuestra manera de sentir, imaginar y actuar como Pueblo de Dios. La iniciación que cultiva esta transformación integral acompaña procesos auténticos de discipulado misionero.
3. La práctica de la iniciación, que transmite la fe como un saber aislado o como un proceso individualista, se desconecta de la experiencia comunitaria del Pueblo de Dios y del compromiso con la realidad social. Entendida así, la iniciación cristiana se reduce a un itinerario solitario. Por su naturaleza, en realidad es lo contrario: es un camino eclesial, vivido en comunidad. La catequesis que sirve a este proceso debe modelar relaciones fraternas, estructuras participativas y un estilo de vida corresponsable, inspirándose en la lógica de la comunión trinitaria y del caminar juntos.

4. Una iniciación cristiana verdaderamente sinodal abraza la diversidad como riqueza y la comunión como horizonte. En una Iglesia que se sabe Pueblo de Dios peregrino, la unidad no es uniformidad ni la diversidad amenaza la comunión. La iniciación cristiana forma discípulos capaces de valorar la alteridad, de escuchar lo distinto sin temor y de construir comunión desde la diferencia. Tal como enseña el Directorio para la Catequesis (cf. DC 113), los procesos catequéticos han de promover una fe encarnada, capaz de dialogar con contextos plurales, y desde la opción por los pobres. En este sentido, la comunión trinitaria —unidad perfecta en la diversidad de personas— se convierte en paradigma de una Iglesia que camina junta, pero no igual, celebrando la multiforme acción del Espíritu.

5. Desde el Corazón de Cristo brota una espiritualidad profundamente sinodal, en la que el amor de Dios se revela como ternura activa, cercana y misericordiosa. El Corazón traspasado del Señor, signo del don total y permanente de sí mismo, invita a la Iglesia a configurarse según este mismo dinamismo. Como recuerda la encíclica *Dilexit Nos*, en el Corazón de Jesús descubrimos el estilo de Dios: una ternura que se hace cercanía, que escucha y se deja afectar (cf. DN 15-17).



SCALA

Sociedad de Catequetas Latinoamericanas



A series of horizontal dotted lines for writing.

Gracias por dejar tu huella. Tu contribución no es un comentario al margen; es parte del texto común que Dios nos llama a escribir juntas y juntos.